

El Retrato como modelo de virtud. La Madre Manuela Mariana y la fundación del Convento de Vélez-Málaga

Eduardo Gallardo Téllez

Profesor Educación Secundaria

"Todas las que traemos este hábito sagrado del Carmen
somos llamadas a la oración y a la contemplación..."

Santa Teresa de Jesús. Las moradas.

En el museo del convento de San José de Antequera, en la sala que llaman de San Luis, se conserva el retrato de una monja. Según Jesús Romero, autor de la guía sobre éste, se trata de la Madre Manuela Mariana de San José, una de las fundadoras de la comunidad de carmelitas de Vélez- Málaga¹. Esta información despertó nuestro interés y nos llevó a un modesto trabajo de investigación, cuyo resultado ustedes tienen entre las manos.

Introducción

La religiosidad contrarreformista se consolidó en España a finales del siglo XVI y principios del XVII². Todo estaba impregnado por este sentimiento, desde la más alta política ("la prima obligación es que las materias de Estado se ajusten a los principios de la ley divina", dijo Felipe III) a los más sencillos actos de la vida cotidiana. La doctrina forjada en el Concilio de Trento, como respuesta a la revolución religiosa iniciada por Lutero, Calvino y otros reformadores, se extendió desde las elites a las clases populares mediante un complejo entramado ideológico; donde las órdenes religiosas tendrían un papel básico. Las nuevas congregaciones, fueran "ex novo" (Compañía de Jesús, Orden Hospitalaria de San Juan de Dios) o resultado de una amplia reforma de las existentes (carmelitas, capuchinos), se convirtieron en el mejor vehículo

para llevar a los fieles los principios doctrinales contrarreformistas. La fundación de monasterios y conventos conoció, pues, un importante crecimiento durante el seiscientos, al amparo de esta religiosidad combativa³. El patronato de los grupos sociales más favorecidos y acaudalados, ya fuera por creencias religiosas —la salvación— o de prestigio social, o ambas cosas a la vez, permitieron la creación de cientos de casas religiosas en toda España, a pesar de algunas voces contrarias a esta "inflación" monacal, como la de los arbitristas, o de las siempre ineficaces medidas gubernamentales.

En Vélez Málaga, en el siglo XVII, se fundaron dos nuevos conventos: San Antonio de Padua, capuchinos, y Jesús, María y José de carmelitas descalzas. Nos centraremos en este último. El nuevo establecimiento religioso inició su andadura en 1699. Como ha estudiado Pilar Pezzi, tras superar un dilatado proceso burocrático, se pudo cumplir la voluntad de la patrona fundadora doña Teresa de Velasco, una señora de Écija, que había legado una cantidad de dinero para una fundación carmelitana sin fijar su localización⁴. El padre fray Andrés de Santa Teresa, entonces Provincial de Andalucía la Alta, decidió la construcción de la nueva casa de religiosas de su Orden en Vélez Málaga por la buena fama y popularidad del convento de frailes existente en la ciudad. A la dotación de doña Teresa de Velasco se unió la herencia de Marcos de Bribiesca, beneficiado de la parroquia de San Juan Bautista. Esta cantidad de dinero y la voluntad del Cabildo municipal de facilitar todos los trámites administrativos para abrir el nuevo cenobio femenino hizo posible su fundación a finales del siglo XVII. Conseguido el dinero, allanadas las trabas burocráticas y ante la petición social de abrir un nuevo convento ("hay diferentes personas hijas de vecinos de esta ciudad que

1. ROMERO BENÍTEZ, J. *El museo conventual de las descalzas*, Ayuntamiento y Unicaja, Antequera.

2. GARCÍA CÁRCEL, R. *Las culturas del Siglo de Oro*, Historia 16, Madrid 1989.

3. DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Itsmo, Madrid 1985.

4. PEZZI CRISTÓBAL, P. *El convento e las carmelitas descalzas de Jesús, María y José de Vélez-Málaga*, Ayuntamiento, Vélez Málaga 1994.

desean se haga la dicha fundación para entrar religiosas"] se comenzaron a dar los pasos necesarios para alcanzar este fin. El primero de ellos fue la elección de las monjas fundadoras, las encargadas de crear y organizar la nueva comunidad. Vinieron de Écija las Madres Mariana de San José y Francisca del Carmelo; desde el convento de Málaga, las Madres Mariana de la Concepción y Mariana de San Juan de la Cruz y, por último, del convento de San José de Antequera, la Hermana Lorenza de Santa Teresa y las Madres Juana María de San Ángelo y Manuela Marina de San José. En total, seis monjas y una novicia. Manuela Mariana de San José es la protagonista de este estudio.

La Madre Manuela Mariana de San José (¿? – 1707)

La única fuente que conocemos para acercarnos a la biografía de la Madre Manuela Mariana de San José es la obra del Padre Silverio de Santa Teresa⁵. Este trabajo, basado posiblemente en otros libros, en crónicas de la Orden del Carmen y otros tipos de fuentes, tiene la ventaja de hacer una ingente labor de recopilación pero igualmente hay que tener una extremada prudencia por el carácter apologético y hagiográfico que resumado el libro debido no sólo a la formación del autor sino también al contexto histórico del momento de su redacción y publicación, en los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil. Las dos páginas dedicadas a nuestra protagonista están plagadas de tópicos y estereotipos propios de este tipo de trabajo, donde se confunde el interés por el tema estudiado con una actitud acrítica en el uso de las fuentes. Trazaremos, a pesar de los problemas citados como la ausencia de documentación directa y las deficiencias de la obra del Padre Silverio de Santa Teresa, los rasgos fundamentales de la vida de esta monja carmelita.

Sabemos su lugar de nacimiento, Aguilar de la Frontera, Córdoba, pero desconocemos el momento. El Padre Silverio dice que murió a edad muy avanzada pero no precisa los años, si consideramos como tal, y aún más a comienzos del siglo

XVIII, entre los ochenta y los noventa, podemos afirmar que nacería entre 1620 y 1630. Es muy parca la información sobre su origen familiar y social. Se limita a reseñar que era hija de "padres nobles y muy cristianos". Y algo más: sólo se da su nombre de pila, Elvira. Sin apellidos. No aparece información sobre los nombres de sus padres u otros familiares, esto nos lleva a pensar en un origen relativamente modesto, dentro de uno de los grupos sociales no privilegiados del Antiguo Régimen. Los datos de su niñez y juventud están llenos de tópicos al uso en la vida de los santos o de personas aspirantes a tales: pronta devoción [...que salió muy devota y amiga del retiro...], desprecio al mundo [...tampoco tenía ilusión de vestir con elegancia...], al amor humano [...no le faltaron pretendientes...] y sus deseos de hacerse monja [...estoy con Dios, pidiéndole que me haga monja...]. Una de las historias legendarias, recogida por una de las novicias del convento de San José de Antequera, hace referencias a un suceso acontecido en su infancia: a la pregunta de la maestra de novicia de por qué prefería el nombre que había tomado en religión al que traía del siglo, le dijo que de niña le parecía entendido de Nuestro Señor, que cuando vivía en el mundo le llamaban Manolico de José, y por ello escogía este nombre para entrar en el Carmelo. Esta visión será el episodio recogido en el retrato, como veremos más adelante.

Entró en el convento de carmelitas descalzas de Antequera muy joven y allí siguió los escalones de ascenso dentro de la comunidad, desde maestra de novicias hasta llegar a ser priora de la citada comunidad en cuatro ocasiones, alcanzado fama de prudente, una de las cualidades, que según los tratadistas de la época, debería caracterizar a la mujer. En 1699, con una gran experiencia en el gobierno y reconocidas sus cualidades como religiosa sería elegida, junto a otras seis carmelitas, por fray Andrés de Santa Teresa, para fundar un convento de la Orden del Carmelo en Vélez Málaga. Su vida en la ciudad duró ocho años, y durante este tiempo, con la colaboración de las otras monjas, pondría los cimientos del nuevo cenobio⁶. Su muerte, el 3 de diciembre de 1707, se convirtió un buen ejemplo de las creencias religiosas de su época, girando en torno al culto a las

5. SILVERIO DE SANTA TERESA *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América*, Burgos 1943. Agradecemos a la priora y comunidad de carmelitas de Vélez Málaga su atención para poder consultar este libro, en la biblioteca conventual.

6. GONZÁLEZ LOPO, D.L. "El papel de las reliquias en las prácticas religiosas de los siglos XVII y XVIII" en *Mentalidad e ideología en el Antiguo Régimen*, Universidad, Murcia 1993, 247-260.

reliquias y a la santidad. Su cuerpo fue expuesto durante tres días (los mismos días que Jesús estuvo en el sepulcro y, por lo tanto, un periodo de espacial simbología religiosa) al vecindario que aprovechó la ocasión para pasar por el cadáver todo tipo de objetos religiosos como rosarios y medallas. Años más tarde, en 1711, fue desenterrado, e incorrupto (señal del favor divino) fue colocado en el coro, un lugar visible para toda la comunidad durante la oración en común. En 1714 se inició su proceso de beatificación, interrumpiéndose al poco tiempo sin que sepamos las causas, posiblemente por el coste económico que ellos suponía o para dar paso a otros procesos.



Retrato de la Madre Manuela Mariana de San José, una de las fundadoras de la comunidad de carmelitas de Vélez Málaga

La Madre Manuela Mariana de San José es un buen exponente del tipo de religiosidad propia de la vida en clausura durante la contrarreforma⁷. La oración es la vía a una experiencia religiosa más intensa como los arrobos místicos y a las visiones sobrenaturales, en nuestro caso con el Niño Jesús (cuya devoción fue fomentada por el Carmelo), siguiendo otros modelos de monjas carmelitas

como la italiana Santa María Magdalena de Pazzi (1566–1607) o la francesa Margarita de Santísimo Sacramento (1619–1648). E incluso el diálogo de nuestra religiosa con el Niño recuerda una de las leyendas piadosas sobre Santa Teresa, cuando ésta tuvo un diálogo con Aquel de la siguiente forma: Yo me llamo Teresa de Jesús, y contesta el Niño Jesús: pues yo me llamo Jesús de Teresa. No hay duda de la identificación, posiblemente dirigida, entre nuestra monja y los grandes santos de su Orden.

El retrato se hizo en los años posteriores a su fallecimiento, cuando la comunidad de Antequera, abierto el proceso de beatificación, quiso tener una presencia palpable de una de sus religiosas ya que el cuerpo estaba en Vélez. El retratista que no la conocería, la pintó siguiendo posiblemente las indicaciones de los que la conocieron o a través de una mascarilla mortuoria, de ahí posiblemente su aspecto cadavérico.

El retrato

El cuadro es un óleo sobre lienzo de medianas dimensiones (60x51 centímetros). Esta datado, y así lo recoge la cartela que está junto a él, en el siglo XVII o comienzos del siglo XVIII como apuntábamos en el apartado anterior. Es una pintura sin grandes pretensiones y de mediocre calidad, de autor desconocido, posiblemente perteneciente a una escuela local. Nuestro ignorado pintor continúa un modelo de retrato que tuvo un gran éxito a lo largo del siglo XVII, tanto en los ámbitos civiles como eclesiásticos, donde se representaba al personaje de medio cuerpo con un fondo neutro y alguna filacteria o cartela donde se daba información sobre el retratado (datos biográficos, méritos, etc...). Ciñéndonos a los cuadros de religiosos, encontramos un modelo, que el nuestro recuerda, en el retrato de Santa Teresa de Jesús realizado por fray Juan de la Miseria, pintado, todavía en vida de la fundadora, a instancia de unas monjas de uno de los conventos fundados por la reformadora del Carmelo. El pintor conocía éste y otros ejemplos similares gracias a los grabados realizados de estas obras para su divulgación en libros o en estampas sueltas de devoción privada⁸.

7. CARO BAROJA, J. *Las formas complejas de la vida religiosa [siglo XVI y XVII]*, Sarpe, Madrid 1985.

8. *Decor carmelis. El Carmelo en Andalucía*, Cajasur, Córdoba 2002.

En el cuadro podemos distinguir la esfera divina y la humana, estrechamente relacionadas entre sí. En el ángulo superior izquierdo aparece, en una gloria abierta, el Niño Jesús llevándose la mano izquierda al corazón en señal de amor hacia la retratada, mientras que la derecha señala el arranque de una filacteria donde puede leerse: "Elvira, cuando yo era niño me llamaban Manolico el de José. Así quiero que te llamen". Esta banda serpentea en torno a la tocada cabeza de la monja, casi formando un nimbo, posible anunciador de la santidad de la religiosa carmelita. Ésta emerge del fondo neutro para que nada distraiga la atención del espectador sobre el acontecimiento sobrenatural del que está siendo testigo: la "sacra conversación" entre el Niño Jesús y la monja.

Sor Manuela Mariana de San José aparece como una mujer madura, próxima a la vejez, con un ovalado rostro recorrido por las primeras arrugas de las fisuras de los labios y bolsas bajo los ojos, negros y con una mirada arrebatada por la visión sobrenatural. Su blanca capa carmelitana se abre para dejarnos ver su firme mano derecha que pasa las cuentas del rosario. Este retrato recoge, dentro de la línea clásica del tema y sin descartar su fidelidad más o menos conseguida a la realidad, la imagen modelo de una monja. Por un lado, la gravedad, entendida como austeridad y rigor, que se alcanza plenamente en torno a la cincuentena, antes de la decadencia de la vejez. Gravedad propia de una religiosa pero también de la nobleza castellana, heredera, según la ideología de la época, de este rasgo atribuido a la aristocracia de la antigua Roma. Por otro lado, a la virtud del carácter, se añade otra: el rezo. De aquí la presencia del rosario. La oración como principal misión de la mujer destinada al claustro. La plegaria como conversación con Dios, a la que asistimos tanto material como espiritualmente cuando contemplamos el cuadro.

Austeridad, rigor y oración son los verdaderos retratos de nuestra protagonista. Las dos primeras cualidades las demostró como priora del convento de San José de Antequera, y ello le valió ser una de las elegidas para la fundación de Vélez Málaga y convertirse en la primera priora de la nueva casa. La oración como ejemplo para sus compañeras y para toda la sociedad local. Modelo

para alcanzar la santidad, ideal supremo para toda mujer y todo hombre, ya fueran religiosos o seglares, de la sociedad española del momento, impregnada de los valores de la contrarreforma católica.

Conclusión

La cultura del Barroco, según los magníficos trabajos de José Antonio Maravall sobre el tema, se caracterizó por dirigirse a las masas de población y hacerlas participe de los valores de las clases dirigentes. La pintura, la poesía, la novela y, sobre todo, el teatro prestaron todos sus recursos para alcanzar tal fin⁹. Dentro de este contexto cultural debemos situar el retrato de la Madre Manuela Mariana de San José. Esta obra es una representación visual, especialmente apta y ejemplarizante, para mostrar a las monjas cuales deben ser las virtudes de una religiosa: el espíritu de renuncia y la oración.

9. MARAVALL, J.A. *La cultura del Barroco*, Ariel, Barcelona 1983.